



—¿De modo que me echas tú también : me echas, me rechazas?



IX

La vida no es una novela.

Un domingo por la mañana, poco después de la llegada del tren de las diez, que había conducido á Labassindre y un bullicioso cargamento de bohemios, Jack, que estaba atisbando una

dilla que andaba muy cerca de la famosa trampa, oyó que su madre lo llamaba.

La voz salía del cuarto de trabajo del poeta, de aquel solemne laboratorio donde se fraguaban las cóleras, las observaciones, la enfurruñada vigilancia del enemigo. Advertido por el tono de la voz de su madre, ó solamen-

te por esa inteligencia de los nervios, tan sutiles en ciertos seres, el niño se dijo: "Hoy es...." y subió temblando la escalera de caracol.

Desde hacía diez meses que no había puesto los pies en el santuario, había habido allí muchos cambios. La majestad de aquel lugar le pareció atenuada. Los tapices descoloridos por el sol, impregnados del humo de las pipas, el diván argelino agujereado, la mesa de roble rajada por muchos sitios, el tintero empolvado, las plumas enmohecidas, decían que las discusiones y la holganza habían llevado allí esa trivialidad que vaga por las salas de los fumadores.

Solamente el sillón Enrique II seguía imperando en medio de aquellos destrozos, con una autoridad inquebrantable. Allí estaba sentado D'Argenton para recibir al niño; Labassindre y el doctor Hirsch de pie á su lado como asesores de justicia, y los otros huéspedes de la semana, el sobrino de Berzelius y otros dos ó tres con barba gris, se hallaban tendidos en el canapé y envueltos en una nube de humo.

Jack vió todo esto de una ojeada: el tribunal, el juez, los testigos y su madre allí, junto á una ventana abierta, aparentando mirar con fijeza al campo, como para apartar su atención, su responsabilidad, de lo que iba á suceder.

—Ven acá, hijito, dijo el poeta, á quien su sillón de roble daba á veces veleidades de cariño; ven acá.

Pero su voz, con sus preciosas entonaciones, conservaba tal dureza de timbre, tal inflexibilidad que se habría podido creer que era el sillón Enrique II el que hablaba.

—Ya te he dicho muchas veces, muchacho, que la vi-

da no es una novela. Has podido comprenderlo viéndome á mí sufrir, luchar en primera fila en la batalla literaria, sin escasear tiempo ni fuerzas, á veces cansado, jamás vencido, obstinándome, á pesar de la contradicción, y riñendo noble pelea.... Ahora te toca á tí entrar en la liza. Ya eres un hombre.

El pobrecillo no tenía más que doce años.

—Ya eres un hombre. Es preciso que nos demuestres que no sólo tienes edad y estatura, sino que tienes también corazón de hombre. Te he dejado más de un año que te desarrollases libremente, que tuvieran todo el juego necesario tus músculos y tu espíritu. Algunos me han acusado de que no me ocupaba de tí. ¡Ah! ¡La rutina!.... Por el contrario, te vigilaba, te custodiaba, no te perdía de vista ni un momento. Gracias á ese largo y minucioso trabajo, gracias, sobre todo, á ese infalible método de observación que me precio de poseer, he llegado á conocerte. He visto cuáles eran tus instintos, tus aptitudes, tu temperamento. He comprendido en qué sentido hay que obrar en tu interés, y, después de haber sometido mis observaciones á la consideración de tu madre, he obrado.

Al llegar á este punto de su sermón, D'Argenton se detuvo para recibir las felicitaciones de Labassindre y del doctor Hirsch, mientras el sobrino de Berzelius y los demás, absortos silenciosamente con sus largas pipas movían la cabeza de arriba abajo como fantoches y se contentaban con repetir con aires prudhonescos: "Está muy bien.... muy bien."

Jack, asustado, procuraba sacar algo en limpio de aquella fraseología incomprensible que pasaba por encima de su cabeza como una nube cargada de electrici-

dad, y se preguntaba: "¿Qué irá á caerme encima ahora?"

Cuanto á Carlota, seguía mirando al campo con la mano puesta por encima de los ojos, observando no sé qué allá á lo lejos.

—Vamós al grano, dijo súbitamente el poeta, enderezándose en su sillón y adoptando un tono de voz que fustigó al niño como un látigo. La carta que vas á oír te dirá más que todas las explicaciones que pudiera yo darte. Lee, Labassindre.

Grave como fiscal de Consejo de guerra, el barítono sacó del bolsillo una carta de paleta ó de quinto, groseramente doblada y cerrada, y leyó después de lanzar dos ó tres mugidos cavernosos:

"Herrería de Indret" (Loire Inferior).

"Mi querido hermano: Según te había indicado en mi última, he hablado al director en favor del chico de tu amigo, y aun cuando ese chico es demasiado joven todavía y no tiene las condiciones necesarias para ser aprendiz, el director me ha permitido que le tome como aprendiz. Vivirá y comerá con nosotros, y te prometo hacer cuanto pueda para que, dentro de cuatro años, sea un buen obrero. Todos aquí están buenos. Mi mujer y Zenaida te envían muchos recuerdos, y el Nantes también, y yo también.

ROUDIC.

"Capataz de los talleres de montaje."

—¡Oyes, Jack, replicó D'Argenton, con la mirada viva, el brazo extendido, dentro de cuatro años serás un

buen obrero, es decir, lo que hay de más hermoso, de más noble en esta tierra de servilismo. Dentro de cuatro años erás esa cosa santa que se llama "el buen obrero."

¡Había oído bien pardiez! "el buen obrero."

Pero no comprendía bien, y trataba de entender. En París el niño había visto obreros algunas veces. Algunos vivían en el pasaje de las Doce Casas; y muy cerca del colegio, una fábrica de faroles, la salida de la cual había visto algunas veces el muchacho, dejaba escapar, á eso de las seis de la tarde, grupos de hombres vestidos con blusas manchadas de aceite, con las manos negras, rudas, agrietadas por el trabajo.

La idea de que llevaría una blusa fué la primera que se le ocurrió. Recordaba el tono despreciativo con que su madre decía en otro tiempo: "¡Son obreros, gente de blusa!" El cuidado con que en la calle evitaba el roce que manchaba, de sus trajes manchados: cierto que todos los hermosos discursos de Labassindre sobre la función, la influencia del obrero en el siglo XIX, venían á contradecir ó á atenuar sus vagos recuerdos en su espíritu. Pero lo que sí resultaba claro y abrumador es que sería necesario marcharse, abandonar el bosque, cuyas verdes cimas veía desde allí; la casa de los Rivals, á su madre, á quien había reconquistado tan trabajosamente, y á la cual amaba tantísimo.

¡Dios mío! ¿Qué tendría que hacer en aquella ventana, desentendiéndose de todo cuanto se hablaba al lado suyo? Hacía un momento, sin embargo, que había perdido su inmovilidad indiferente. Un temblor convulsivo sacudía todo su cuerpo, y su mano, que tenía delante de los ojos á guisa de pantalla, se bajaba un poco

como si quisiera contener sus lágrimas. ¿Sería muy triste lo que acababa de ver en el campo, en el horizonte por donde huyen los días, por donde desaparecen tantos ensueños, tantas ilusiones, tantos cariños y tantas llamas?

—¿De modo que tendré que marcharme?, preguntó el niño con voz apagada, casi maquinal, como si dejase hablar á su pensamiento, al único pensamiento que tenía.

Al oír esta cándida pregunta, todos los individuos del tribunal se miraron, sonriendo compasivamente; pero allí, junto á la ventana, se oyó un gran gemido.

—Nos marcharemos dentro de ocho días, hijo mío, dijo Labassindre sin andarse en chiquitas; hace mucho tiempo que no he visto á mi hermano. ¡Así aprovecharé la ocasión de calentarme un poco al fuego de mi antigua fragua, vive Dios!

Y al hablar levantaba la manga y doblaba el brazo, hinchando sus músculos y luciendo su abundante vello.

—¡Está soberbio!, exclamó el doctor Hirsch.

Pero D'Argenton, que no perdía de vista á la que estaba llorando junto á la ventana, había adoptado una expresión distraída y había fruncido las cejas terriblemente.

—Puedes retirarte, Jack, dijo al niño, y estar dispuesto para emprender el viaje dentro de ocho días.

Jack bajó asustado, estupefacto y repitiendo para sus adentros: “¡Dentro de ocho días! ¡Dentro de ocho días!” La puerta de la calle estaba abierta. Salió con la cabeza descubierta, como estaba; echó á correr por las calles de Etiolles hasta casa de sus amigos, y en-

centrando al doctor, que salía en aquel momento, lo puso al corriente de lo que acababa de pasar.

El señor Rivals se indignó.

—¡Obrero! ¡Quieren hacerte obrero! ¡Y á eso llaman ocuparse de tu porvenir! Espera, espera, que yo le diré lo que viene al caso á tu señor padrastro.

Los que vieron en la calle al bueno del doctor, hablando alto, gesticulando, y á Jack sin sombrero, ahogándose á consecuencia de la carrera, dijeron: “Alguien hay enfermo en la casa de los parisienses.”

Nadie estaba enfermo... Cuando el médico llegaba, se estaban sentando á la mesa; porque á causa de lo exigente del estómago del amo de la casa, y como sucede en los sitios donde uno se fastidia, siempre adelantaban las horas de las comidas.

Todos los semblantes estaban risueños; y hasta se oía á Carlota que bajaba de su cuarto tarareando por la escalera.

Quisiera hablar dos palabras con usted, señor D'Argenton, dijo el anciano Rivals con los labios temblorosos.

El poeta se retorció su poblado bigote.

—Pues siéntese usted ahí, doctor, le pondrán á usted un cubierto, y, almorzando, me dirá usted lo que guste.

—No, muchas gracias, no tengo ganas; y además, lo que tengo que decir á usted y á su señora—y saludó á Carlota que acababa de entrar,—es absolutamente confidencial.

—Supongo lo que le trae á usted, dijo D'Argenton, que no tenía maldito el deseo de celebrar una conferencia reservada con el doctor. ¿Es del chico, verdad?

—Precisamente; del chico.

—Pues entonces puede usted hablar. Estos caballeros saben de lo que se trata, y yo tengo en todos mis actos bastante lealtad y desinterés para que no me importe que se hable de ellos delante de todo el mundo.

—Pero, hijo... se atrevió á decir Carlota, á quien aquella explicación delante de gente asustaba por muchas razones.

—Puede usted hablar, doctor, dijo friamente D'Argenton.

De pie, al otro lado de la mesa, el médico empezó:

—Jack acaba de decirme que lo va á usted á poner á un oficio, que lo manda usted como aprendiz á las fraguas de Indret. Vamos á ver, ¿es eso verdad?

—Muy verdad, querido doctor.

—Cuidado! replicó el señor Rivals conteniéndose; ese niño no ha sido educado para un trabajo tan duro. En pleno período de desarrollo va usted á lanzarlo á un nuevo elemento, á meterlo en una atmósfera nueva. Se juega usted su salud y su vida. No tiene nada de lo que se necesita para eso. No es bastante fuerte.

—¡Ah! permítame usted, querido compañero.... interrumpió solemnemente el doctor Hirsch.

El Sr. Rivals se encogió de hombros, y siguió hablando sin mirarlo siquiera.

—Lo digo yo, señora—afectaba dirigirse á Carlota, á quien aquel llamamiento á sus sentimientos turbaba singularmente.—Es imposible que su hijo de usted resista esa vida. Usted lo conoce bien, usted que es su madre. Usted sabe que es una naturaleza fina, delicada, sin resistencia para la fatiga. Y no hablo ahora

más que de la pena física. Pero crea usted que un niño tan bien dotado, cuyo espíritu, ya despierto, está preparado para toda clase de estudios, sufrirá mil muertes con ese anonadamiento forzoso, en ese letargo de todas sus facultades intelectuales á que lo condenan ustedes.

—Se equivoca usted, doctor, dijo D'Argenton que ya se iba irritando. Conozco al sujeto mejor que nadie. Lo he hecho trabajar. No sirve más que para trabajos mecánicos. Esa, y no otra, es su aptitud. ¡Y precisamente cuando le doy los medios de desarrollar esa aptitud, cuando lo dedico á un oficio soberbio, el caballero, en vez de darme las gracias, va á quejarse, á buscar un protector fuera de su casa, en casa extraña!

Jack quiso protestar. Su amigo le ahorró el trabajo.

—No ha venido á quejarse. No ha hecho más que darme cuenta de la decisión de ustedes. Y yo le he dicho lo que le repito ahora aquí: Jack, hijo mío, no te dejes llevar. Echate al cuello de tus padres, de tu madre, que te quiere, y del marido de tu madre, que te debe querer, aunque sólo sea por ella. Suplícales, conjúrales. Pregúntales qué les has hecho para que así quieran degradarte, ponerte tan por debajo de ellos.

—Doctor, dijo Labassindre dando un puñetazo que conmovió toda la mesa; la herramienta no degrada al hombre, antes lo ennoblece. La herramienta es la generadora del mundo. A los diez años, Jesucristo manejaba el cepillo de carpintero.

—Eso es verdad, murmuró Carlota, que en seguida tuvo una visión de su Jack vestido de niño Jesús con

su cepillo de carpintero, desfilando en una procesión.

—¡No haga usted caso de esas tonterías, señora! gritó el doctor exasperado. Hacer de su hijo de usted un obrero, es alejarlo de usted para siempre. Aunque lo mandase al fin del mundo, estaría menos lejos de su espíritu, de su corazón de usted; porque al menos existirían esos medios de aproximación que permiten las distancias y que las diferencias sociales matan para siempre. Ya verá, ya verá usted. Llegará día en que se avergonzará usted de él, en que le parecerá que tiene las manos bastas, el lenguaje grosero, sentimientos contrarios á los de usted; un día en que estará delante de usted, delante de su madre, como delante de una extraña de un rango más elevado que el suyo, no sólo humillado, sino avergonzado.

Jack, que aún no había hablado palabra, y que, acurrucado en un rincón, había escuchado muy atentamente, se afectó de pronto, á la idea de una desafección posible entre su madre y él.

Dió un paso hacia el centro del comedor, y afirmando su voz:

—No quiero ser obrero, dijo resueltamente.

—¡Oh! ¡Jack!... murmuró Carlota desfalleciendo. Esta vez fué D'Argenton quien tomó la palabra.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Con que no quieres ser obrero? Ahí tienen ustedes al caballero que se permite querer ó no querer una cosa decidida por mí. ¿Con que no quieres ser obrero? Pero comer sí quieres, ¿verdad? ¿Y vestirme y dormir y pasearte? Pues bien, declaro que ya estoy harto de tí, parásito; y que, si no quieres trabajar, yo me niego á hacer más el primo contigo.

Se detuvo súbitamente, y pasando de la locura frenética á esa frialdad que era su regla de conducta.

—Suba usted á su cuarto, le dijo. Ya veré yo lo que tengo que hacer.

—Lo que tiene usted que hacer, mi querido D'Argenton, yo se lo diré.....

Pero Jack no oyó el final de la frase del señor Rivals; un gesto de D'Argenton lo había echado fuera.

En su cuarto, el ruido de la discusión llegaba á él como las partes variadas de una gran orquesta. Distinguía las voces, las conocía todas; pero entraban las unas en las otras, unidas por su propia resonancia, y aquello hacía un ruido discorde, sobre el cual flotaban pedazos de frases:

—¡Ha mentido usted!

—¡Señores!..... ¡Señores!.....

—La vida no es una novela.

—Herramienta sagrada, “¡hem! ¡hem!”

Por fin se oyó la voz de trueno de Rivals que decía desde la puerta:

—¡Que me ahorquen si vuelvo á poner aquí los pies!

Luego la puerta fué cerrada violentamente, y el comedor quedó sumido en profundo silencio, interrumpido sólo por el ruido de los tenedores que trabajaban á más y mejor.

Estaban almorzando.

“Quiere usted degradarlo; ponerlo á más bajo nivel que ustedes.” El niño había retenido la frase y comprendía que, en efecto, aquella era la intención de su enemigo.

¡No, mil veces no; no quería ser obrero!

Abrióse la puerta y entró su madre.

Había llorado mucho, y verdaderas lágrimas, de esas que producen arrugas. Por primera vez aparecía la madre sobre aquella fisonomía de mujer bonita, pero la madre dolorida y triste.

—Oyeme Jack—dijo procurando mostrarse severa; necesito hablar seriamente contigo. Acabas de darme un grave disgusto sublevándote abiertamente contra tus verdaderos amigos, y rehusando aceptar el empleo que te proporcionan. Ya sé yo que hay en esa nueva vida. . . .

Mientras hablaba, Carlota huía la mirada del niño, una mirada de dolor, de reproche; tan ardiente, tan desolada, que no había podido resistirla.

— . . . Que hay en esa nueva vida que soñábamos para tí un aparente desacuerdo con la que has hecho hasta hoy. Confieso que en los primeros momentos, yo misma estaba asustada; pero ya has oído, ¿no es verdad?, lo que te han dicho. La condición del trabajador, no es ya la que era en otro tiempo; ¡oh! ni mucho menos, ni mucho menos. Ya sabes que ahora le toca el turno al obrero. El tiempo de la aristocracia ha pasado, y el de la clase media está para pasar. . . . Y además, á tu edad, debe uno dejarse guiar por las personas que le quieren y que tienen experiencia.

Un sollozo de su hijo la interrumpió:

—¿De modo que me echas; tú también me echas?

Esta vez, la madre ya no pudo resistir. Lo cogió en brazos y lo estrechó apasionadamente.

—¿Echaré yo? ¿Lo puedes creer? ¿Es eso posible? Vamos, cálmate; no tiembles, no te emociones así. Bien sabes cuánto te quiero, y que si en mi mano estu-

viese, no nos separaríamos nunca. Pero es preciso ser razonables y pensar un poco en el porvenir. . . . ¡Ay! El porvenir se presenta bien sombrío para nosotros.

Y en uno de aquellos pujos de palabras que aún tenía á veces cuando se veía lejos del amo, trató de explicar á Jack, con todo género de vacilaciones, de reticencias, lo que tenía de irregular la situación en que se encontraban.

—Mira, hijo mío; eres todavía muy joven; hay cosas que no puedes comprender. Algún día, cuando seas mayor, te revelaré el secreto de tu nacimiento; una verdadera novela, hijo mío. Algún día te diré el nombre de tu padre y la inaudita fatalidad de que tú y tu madre habéis sido víctimas. Pero hoy, lo que es preciso que sepas, que comprendas, es que no tenemos nada nuestro, pobre hijo mío, y que dependemos en absoluto de. . . . El. ¿Cómo quieres que me oponga á tu marcha, sobre todo sabiendo, como sé, que no te hace marchar más que por interés tuyo? No puedo pedirle nada, porque ha hecho mucho por nosotros. Y, además, él tampoco es muy rico, y esta terrible carrera artística es muy ruinoso para él. No podía sufragar los gastos de tu educación. ¿Qué va á ser de mí, colocada entre vosotros dos? Es preciso, sin embargo, adoptar un partido. ¡Ah! Si pudiera yo irme por tí á ese dichoso Indret. . . . Piensa que así tendrás una manera de vivir. ¿No te gustará no necesitar á nadie para vivir, para ganarte el pan, para ser dueño de tí mismo?

Por el relámpago que pasó por los ojos del niño, la madre comprendió que había hecho blanco; y muy quedito, con voz acariciadora y mimosa, que sólo las madres tienen, murmuraba:

—¡Hazlo por mí, Jack! ¿Quieres? Ponte pronto en condiciones de ganarte la vida. ¿Quién sabe si algún día me veré obligada á recurrir á tí como á mi único sostén, á mi único amigo?

¿Pensaba lo que decía? ¿Era un presentimiento, uno de esos súbitos desgarrones del porvenir que muestran el destino hasta el fondo, y toda la desdicha de la propia existencia? ¿O habría hablado arastrada por el torbellino de sus frases, por el arranque de su sentimentalismo?

Ello es que no podía encontrar manera mejor para vencer aquella joven alma generosa. El efecto fué instantáneo. La idea de que su madre podía tener necesidad de él, que podría ayudarla con su trabajo, lo decidió súbitamente.

La miró con fijeza:

—Júrame, le dijo, que me querrás siempre; que no te avergonzarás de mí cuando tenga las manos negras.

—¡Te querré siempre, Jack mío!

Por toda respuesta, lo llenó de caricias, ocultando, bajo sus besos apasionados, su turbación y sus remordimientos, porque desde aquel momento la infeliz mujer tuvo remordimientos, los tuvo durante toda su vida, y jamás volvió á pensar en su hijo sin sentir una puñalada en el corazón.

Pero él, como si comprendiera toda la verdad, toda la incertidumbre, todo el terror que aquellos abrazos ocultaban, se desprendió de ellos y se lanzó á la escalera.

—Vamos, mamá, bajemos. Voy á decirle que acepto. Abajo, los bohemios seguían comiendo.

A todos les llamó la atención el aspecto grave y resuelto que tenía Jack al entrar.

—Le pido á usted perdón, dijo á D'Argenton. He hecho mal en rehusar lo que me ofrecía usted hace poco. Ahora acepto, y le doy á usted las gracias.

—¡Está bien, muchacho! dijo el poeta con solemnidad. Ya sabía yo que la reflexión destruiría tus resistencias. . . Me alegro que reconozcas las lealtad de mis propósitos. Da las gracias al amigo Labassindre, porque á él debes esa suerte. El te ha abierto de par en par las puertas del porvenir.

El barítono alargó su enorme pata, en la palma de la cual se hundió su manita.

—Choca, muchacho! le dijo afectando tratarlo como si fueran dos antiguos compañeros que trabajasen en el mismo taller; y desde aquel momento hasta el de emprender el viaje, no le volvió á dirigir la palabra más que en ese tono brutal y familiar que los obreros usan entre sí como lazo de compañerismo.

Durante aquellos ocho días últimos, Jack no hizo más que corretear por el bosque y los caminos. Experimentaba más turbación é inquietud que tristeza; y de cuando en cuando, la idea de la responsabilidad que iba á tener, daba á su bella fisonomía una expresión inusitada, un fruncimiento de cejas que en los jóvenes marca el esfuerzo de una voluntad. Ahora era un Jack viejo. Anduvo visitando todos sus rincones favoritos, como si fuera un hombre que hiciese pasó á paso la peregrinación de su infancia.

¡Ah! Por más que la tía Salé lo amenazaba desde lejos, Jack el viejo no le tenía miedo, y se sentía con fuerza para cargar con el haz de leña que ella llevaba.

Pero tenía un gran pesar por no poder ir á casa de Rivals á despedirse de Cecilia.

—Mira, Jack mío; después de la cuestión que han tenido estos señores, no sería conveniente, repetía Carlota cada vez que Jack le rogaba que le permitiese visitarlos.

Por fin, el día antes de marcharse, con la malvada alegría de su triunfo, D'Argenton consintió que el niño fuese á despedirse de sus amigos. Llegó á su casa de noche. No había nadie en el vestíbulo. Nadie en la botica, las persianas de la cual estaban cerradas. Nada más que un rayito de luz que salía de la biblioteca, de lo que llamaban la biblioteca, un inmenso granero atestado de diccionarios, de atlas, de obras de medicina y de enormes volúmenes de lomo encarnado de la colección Panckouke.

Allí estaba el doctor muy ocupado, llenando un cajón de libros.

—¡Ah! ¿Ya estás aquí? dijo al niño. Seguro estaba yo de que no te irías sin despedirte. No querían dejarte venir, ¿no es verdad? Yo tengo en parte la culpa. Estuve un poco violento. Mi mujer me ha regañado de lo lindo. . . . Y á propósito, ¿sabes que se ha marchado ayer con la chiquilla? Las he mandado á que pasen un mes en los Pirineos, con mi hermana. La niña estaba malucha. Cometí la tontería de anunciarle que te íbas, de golpe y porrazo, sin prepararla. . . . ¡Ah, los niños! Cree uno que no sienten las cosas, y tienen pesares tan grandes y tan violentos como los nuestros.

Ahora hablaba Jack como si fuese un hombre; y, sin embargo, á la idea de que su amiguita se había puesto mala por él, y que se marcharía sin verla, Jack el

viejo sentía ganas de echarse á llorar como un chiquillo.

Miraba los libros esparcidos, la inmensa habitación, mal alumbrada por una vela puesta en un rincón de la mesa al lado del "grog" y de una botella de aguardiente; porque el señor Rivals aprovechaba la ausencia de su mujer para volver á sus antiguos hábitos de marino. Así es que el bueno del viejo tenía los ojos brillantes, y una singular animación al remover los libros, al soplar el polvo de los estantes y al vaciar todo un rincón de su biblioteca en el cajón que había á sus pies.

—¿Sabes lo que estoy haciendo, muchacho?

—No, señor.

—Estoy escogiendo libros para tí; libros que te llevarás para leer, ¡me oyes! para que los leas siempre que tengas un rato desocupado. Recuerda esto bien: "los libros son los verdaderos amigos." Puede uno dirigirse á ellos en los grandes pesares de la vida, seguro de encontrarlos. Yo puedo decirte que si no fuese por mis librotos, después de mi desgracia, hace ya tiempo que no estaría en el mundo. Mira este cajón, hijo mío. Hay muchos, ¿no es verdad? No respondo de que los comprendas todos ahora. Pero eso no importa; hay que leerlos. Hasta los que no comprendas, te dejarán alguna luz en el espíritu, prométeme que los leerás.

—Se lo prometo á usted, señor Rivals.

—Bueno. . . ya está el cajón. ¿Puedes llevártelo? No, que es muy pesado. Te lo enviaré mañana. Vamos, despídete de mí.

Y el buen viejo cogióle la cabeza con sus dos manos y le dió dos ó tres besos muy fuertes.

—Unos por mí y otros por Cecilia—añadió con bon-

dadosa sonrisa, y mientras cerraba la puerta, Jack le oyó murmurar: "¡Pobre niño... pobre niño!"

Sucedía lo mismo que en Vaugirard, en el colegio de Jesuitas. Sino que ahora sabía ya por qué lo compadecían.

Al día siguiente, el viaje había puesto en movimiento toda la casa de D'Argenton.

Cargaron el equipaje en un carro detenido á la puerta. Labassindre, con un traje rarísimo, como si emprendiera una expedición á través de las pampas: altas polainas, chaqueta de terciopelo verde, sombrero ancho, cartera de cuero colgada á la banderola, iba y venía de una parte á otra cantando. El poeta estaba á un tiempo mismo grave y radiante; grave porque se creía estar haciendo una obra humanitaria, social; radiante, porque aquel viaje lo llenaba de alegría. Carlota besaba á Jack, volvía á besarle, y cuidaba de si le faltaba algo.

No; no le faltaba nada. Al contrario; iba demasiado bien vestido para obrero, estallando dentro de su traje, con esa fatalidad de los seres que crecen demasiado de prisa, condenados durante su adolescencia al martirio de la ropa demasiado corta.

—Tenga usted mucho cuidado, señor Labassindre.

—Lo cuidaré tanto como á mi nota, señora.

—¡Jack!

—¡Mamá!

Hubo un último abrazo. Carlota sollozaba. El niño no dejaba ver su emoción. La idea de que iba á trabajar para su madre, daba fuerzas á Jack el viejo. Al llegar al recodo del camino, se volvió para ver otra vez y llevarse, en lo hondo de su mirada, el bosque, la casa, el

cercado y aquella cara de mujer que le sonreía á través de sus lágrimas.

—¡Escríbenos á menudo, Jack mío!, gritó la madre. Y el poeta, con solemnidad:

—Jack, acuérdate de que la vida no es una novela.

La vida no es una novela; pero para él sí lo era... ¡miserable!

No había más que verlo á la puerta de su casita, apoyado en su Carlota, en medio de los rosales, con una postura presuntuosa, como una figura de cromo, y tan lleno de egoísmo y satisfacción, que olvidaba su odio y enviaba con la mano un adiós paternal y la bendición al niño á quien acababa de echar á la calle.



